



Reseña de Stephen, James (2016). *La insurrección en Dublín*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Godot. 117 páginas. ISBN: 978-987-4086-09-9

Mario Luis López Durán.

Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina.

marioluislopezduran@gmail.com

Recibido: 11/03/2019

Aceptado: 06/05/2019

Palabras claves: insurrección, Dublín, testigo.

Keywords: insurrection, Dublin, witness.

James Stephens (1880-1950), poeta irlandés, habitaba en Dublín cuando en dicha ciudad se produjo el Levantamiento de Pascua que tuvo lugar en abril de 1916. Stephens, que trabajaba en la Galería Nacional de Irlanda en aquel momento, tuvo la brillante idea de relatar en su diario personal los acontecimientos que tuvieron lugar durante la semana en la que los rebeldes mantuvieron en vilo a la ciudad. El resultado, *La insurrección en Dublín*, es una narración en primera persona de los hechos que acontecieron en la capital irlandesa desde una perspectiva que el autor considera desapasionada, aunque es indudable que a lo largo del relato deja entrever sus opiniones inherentes a ciertas cuestiones que en la coyuntura se tornaban trascendentes, tales como el desempeño del Ejército británico o el castigo ejemplar que los sectores más conservadores de la sociedad dublinesa exigían para los culpables. En esencia, Stephens legó una narración desde la perspectiva de un ciudadano corriente al que la revuelta tomó por sorpresa; no obstante, fue quizá dicho desconcierto lo que en cierto modo le incitó a describir con llamativa precisión lo que vio u oyó. Tal como afirma el traductor Matías Battistón al comienzo de la obra, "...*La insurrección en Dublín* es un diario en primera persona que refleja cómo vivió el Alzamiento de Pascua la mayor parte de los

dublinese en el centro de la ciudad: sumidos en un total desconocimiento de lo que realmente sucedía” (pág. 8).

La parte central del libro se halla en los siete capítulos que responden a la semana de la insurrección, uno por cada día transcurrido. El primer apartado, que hace referencia al lunes 24 de abril de 1916, marca el comienzo de la rebelión. Stephens insiste con una idea presente a lo largo de toda la obra pero repetida en numerosas ocasiones en el primer capítulo, esta es, que la población local no sospechaba –tampoco tenía motivos para hacerlo- que un conjunto de jóvenes nacionalistas intentaría tomar control de la capital y desde allí luchar por la independencia del país. El mismo autor relata que no se había percatado del levantamiento hasta que preguntó a un transeúnte por qué se hallaban tantas personas frente al parque de Saint Stephen y éste respondió: “Tomaron la ciudad a las once de la mañana. Hay cualquier cantidad de ellos en el parque. Coparon el castillo. Coparon la oficina de correos” (pág. 26). Stephens complementa este primer capítulo haciendo alusión a los lejanos estruendos de rifles y bayonetas y narra en calidad de testigo la ejecución de dos hombres que se rehusaron a seguir las órdenes de los sublevados.

Los días martes 25 y miércoles 26 de abril fueron jornadas de confusión absoluta. Como consecuencia del cierre transitorio de la mayoría de los negocios céntricos y la escasa difusión de periódicos locales, los residentes se veían en serias dificultades para obtener información de fuentes confiables. En este contexto, las únicas noticias eran las que llegaban por medio de rumores. Frases como “se decía que”, “se corría la voz” o “se hablaba de” abundan en estos dos capítulos. Tal como indica el autor, “...no hay noticias de ningún tipo, y los rumores empiezan a encadenarse rápidamente y a cancelarse entre sí (...) Estamos incomunicados por tierra e incomunicados por mar...” (pág. 52). Más adelante, Stephens indica que, de acuerdo a los testimonios que había podido recabar, la mayoría de los dublinese estaba en contra del levantamiento y del accionar de los rebeldes; dicho disgusto se manifestaba en la ayuda que brindaban los sectores más bajos de la población a los soldados británicos, ya sea a través de pertrechos o alojamiento temporal. No obstante, existía entre los locales cierta reticencia con respecto a opinar sobre la insurrección: no sorprende, entonces, que el poeta obtuviera respuestas evasivas al indagar entre sus conocidos y amigos.

El jueves 27 destaca en el relato de Stephens puesto que se trata del único apartado en el que no son mencionados los combates que estaban teniendo lugar en las calles de la ciudad o los rumores que circulaban con creciente rapidez. Por el contrario,

se trata de un capítulo en el cual el autor reflexiona y expresa sus sentimientos atinentes a la vida de algunas personalidades eminentes de Irlanda, tales como Francis Sheehy-Skeffington (1878-1916), político irlandés al servicio de los pobres y oprimidos que fue ejecutado por el Ejército británico, y Roger Casement (1864-1916), diplomático también irlandés que había participado en la organización de la sublevación y se encontraba en esos momentos preso en Inglaterra esperando su sentencia. Por otro lado, dos son los factores relevantes en el *racconto* del día viernes 28: en primer lugar, el ánimo de los civiles se inclinaba sin dudas en contra de los voluntarios irlandeses; en segundo lugar, a la falta de noticias se sumaba el hambre debido a la escasez de alimentos de primera necesidad, tales como pan o leche. Lentamente, sugiere el ciudadano-testigo, el levantamiento iba llegando a su fin.

Hacia el sábado 29 y el domingo 30 los combates en el centro de la ciudad comienzan a decrecer. A pesar de que los rumores se intensifican, ya es evidente que los voluntarios irlandeses han sido reducidos y cuentan con numerosas bajas. Será cuestión de días hasta que las fuerzas británicas retomen el control de los sitios en poder de los amotinados, proceso que ya había comenzado y parecía encaminado a tener éxito. Tal como afirma Stephens, asombrado por el carácter de los civiles,

“La gente en la calle se ríe y charla. De hecho, hay cierta alegría en el aire, y un sol radiante, y a nadie parece importarle que en todo momento también haya hombres recibiendo balazos, siendo atravesados por bayonetas, volando en pedazos o quemándose vivos. Todo eso está pasando ahora mismo, pero en gran medida ya no importa” (pág. 75)

La capacidad analítica de Stephens en calidad de observador brilla en los capítulos finales de la obra. Allí el autor culpabiliza por la violencia y las muertes recientes al líder del Partido Parlamentario Irlandés, John Redmond (1856-1918), quién relegó la causa de la independencia irlandesa por su ferviente –y mal fundado- deseo de participar en la Primera Guerra Mundial al servicio de las fuerzas británicas, y a la misma Inglaterra, que nunca demostró generosidad con el pueblo irlandés y siempre ostentó su superioridad política y económica. Al mismo tiempo Stephens subraya un factor que podría pasar inadvertido pero que, al presentarlo, complejiza el escenario: menciona que los voluntarios irlandeses aguardaban con ansias la ayuda militar por parte de Alemania, que gracias a las tratativas de Casement se había comprometido a enviar hombres y armas. Aunque el apoyo alemán no se materializó debido a complicaciones logísticas, es aceptable pensar que en la coyuntura bélica del momento

el traslado de soldados y armamento a través de submarinos que debían sortear los buques británicos hubiese sido extremadamente complejo y, según Stephens, fútil.

En resumen, el autor intenta comentar al lector su percepción de lo que sucedió durante la semana que siguió al día de Pascua de 1916 en Dublín. En opinión de Stephens se trató de una escaramuza o una serie de disturbios menores que por algunos días alteró la vida pública y causó dificultades en los asuntos cotidianos, pero que no generó cambios sustanciales. Sin embargo, el observador en cuestión mantiene presente la idea de que aquellos hombres que murieron en combate no lo hicieron en vano, y espera que sus esfuerzos sean el punto de inicio para la consolidación de una ciudadanía más comprometida con la situación política del país. El ideal patriótico de los líderes de la rebelión, junto al nacionalismo romántico y el interés por un pasado mítico irlandés, se fusionaron en aquella trágica semana de 1916: la intención última era, en verdad, que los reclamos de Irlanda fueran tenidos en cuenta por todas las naciones europeas y el mundo entero.